

González Vera

Escuela Parroquial

EA Escuela Parroquial, a la que se me envió cuando todavía era muy pequeño, funcionaba en una feísima casa vieja, compuesta de grandes salas destartaladas y frías.

En el fondo del patio de recreo un árbol, seco y mudo, se estiraba hacia la altura azul.

Cuando estábamos en clase, el cura, que no dejaba de asemejarse al árbol, daba sus paseos con las manos cruzadas tras la espalda.

De entonces sólo conservo recuerdos de imágenes... Tal vez nos enseñaban alguna cosa... El preceptor era un individuo insignificante, rubio, bizco, temible; pisaba con la punta de los pies y gritaba sin cesar. No sonreía ni por broma. ¡Qué excelente carcelero hubiera sido!

Apenas la campana anunciadora de la clase sonaba, el torturador aparecía en el patio frotándose las manos. Nos formábamos apresuradamente y nos íbamos a la sala temblando por lo que debía suceder.

Lo odiábamos con entusiasmo y ejercitábamos nuestros espíritus en desearle las desgracias más abominables; pero el bárbaro estaba siempre en pie, sonrosado, elástico, con una salud desafiante.

Reinaba en la sala un silencio lúgubre... Nos mirábamos con mirada piadosa, y después nos quedábamos lívidos, estáticos,

inexistentes, respirando apenas y anhelando que la mirada del profesor resbalara sobre nosotros, sin detenerse.

Mientras hacíamos ese simulacro de ausencia él se alisaba su cabellera roja y nos fotografiaba con la mirada.

Luego comenzaba a tomar la lección con la cabeza inclinada sobre su cuaderno de notas. Solía toser algo; pero nunca tanto como para que se le comprometiesen los pulmones.

Desventurado era el chiquillo que no traía su tarea resuelta. El bizco, sin poner mala cara pero sin oír tampoco ninguna disculpa, le ordenaba colocarse frente al pizarrón.

No existía poder que evitara el castigo. La víctima, desde ese instante, empezaba a modular con la mayor sinceridad todos los tonos del sollozo, y nosotros también desde ese instante nos sentíamos embargados por la más intolerable de las angustias.

Nuestro torturador abría su escritorio con metódica lentitud. Buscaba, revolvía papeles y hurgaba con ese abandono del que se encuentra solo; pero cuando hallaba el guante, en su fisonomía desagradable se proyectaba una sombra de agrado.

El penitente, mientras duraba la búsqueda, gemía con cierto método. Cuando el tono decrecía y parecía extinguirse, era seguro que en su alma se afianzaba la esperanza de que el guante no fuese descubierto.

Desde nuestro banco podíamos seguir con precisión absoluta los movimientos del preceptor. La unidad psicológica de cuantos estábamos en la sala era maravillosa. Si su mano hurgaba con movimientos medidos, el gemido de la víctima oscilaba en el tono menor, y el ritmo de nuestros corazones era normal. Mas, si la mano se estiraba con vehemencia hacia el fondo del cajón, el gemido hinchaba el pecho del muchacho y ganaba espacio sin respeto a ninguna nota intermedia, y nosotros dejábamos de respirar.

Para el bizco era motivo de bochorno, después del precipitado adelantamiento de sus dedos, no dar con el instrumento. Es cierto que terminaba por imponerse; pero le molestaba que su víctima creyese, aunque fuera un minuto únicamente, en el real extravío del guante.

Apenas recordaba exactamente su colocación, iniciaba su venganza recurriendo a un infame ardid.

Quedábase reconcentrado, ido de sí mismo, y luego, con gesto desdeñoso, exclamaba:

—En fin... el guante ha desaparecido!

Todo eso era dicho con voz opaca, sin mirar a nadie, y como si ya no le interesara encontrarlo.

La víctima volvía a sentirse salvada, y para confirmar tan hermosa posibilidad se dirigía al maestro:

—Señor... ¡Perdóneme por esta vez. Le juro que...

El bizco, que no esperaba sino esa súplica para continuar su farsa, fingía no haber oído ni visto al muchacho, y de improviso estallaba, dándose con la punta de los dedos en la frente:

—¡Ah... pero si ayer lo guardé en el otro cajón!

Sacaba de su bolsillo una nueva llavecita y abríalo muy despaciosamente. El guante aparecía en el acto. Lo tomaba, se ponía de pie y lo llevaba con tiento, como si en vez de un trozo de cuero torcido llevase una culebra.

Sólo entonces volvía a mirarnos. Nos miraba con seriedad, como si nos conociese apenas. Era un cínico invulnerable.

Aunque el elegido se lamentase con más entusiasmo que Jeremías, el atormentado por la desventura de Babilonia, no reparaba en él hasta haber examinado a todos los demás.

—Ah... era usted—le decía.—Abra la mano...

El pobre colegial chillaba, cerraba los ojos, se retorció, daba gritos inverosímiles, ocultaba los brazos en la espalda, intentaba escaparse, se hincaba, perdía perdón, daba cabezadas contra el suelo. Todo era inútil. El canalla esperaba el término de la crisis sin inmutarse. Y cuando la mano se entregaba, hacía restallar el guante y azotaba una, otra u otra vez más.

Los gritos vibraban en los vidrios, llenaban el patio y se iban desmadejando por las calles desiertas...